

Núm. 42

Año XXI

Julio-Diciembre

2020

ISSN 2395-9274

Educación y libertad de pensamiento.

Análisis del ideal kantiano de *Ilustración*

ROBERTO CASALES GARCÍA

Ser finito y ser eterno / ser finito y ser mortal.

Stein lectora de Heidegger

ENRIQUE V. MUÑOZ PÉREZ

DEVENIRES

REVISTA DE FILOSOFÍA Y FILOSOFÍA DE LA CULTURA

DOSSIER: Estudios animales

Introducción al *Dossier*

ANA CRISTINA RAMÍREZ BARRETO

La relevancia de la bioética
en la educación universitaria en ciencias biológicas

ANGELES CANCINO-RODEZNO

La imagen del animal en las *Elegías de Duino*

JOSÉ LASAGA MEDINA

Del humanismo antropocéntrico al cosmomorfismo

GLORIA CÁCERES CENTENO

MISCELÁNEA: Traducción/In memoriam/Nota

Derechos animales y derechos indígenas

WILL KYMLICKA Y SUE DONALDSON

In memoriam: Michel Serres

ANA CRISTINA RAMÍREZ BARRETO

Reología, ¿en qué está la novedad?

CARLOS SIERRA-LECHUGA



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

FACULTAD DE FILOSOFÍA "DR. SAMUEL RAMOS MAGAÑA"

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS "LUIS VILLORO"

IN MEMÓRIAM: MICHEL SERRES

Ana Cristina Ramírez Barreto
Facultad de Filosofía

UMSNH

ana.cristina.ramirez@umich.mx

El pasado 1 de junio de 2019, a los 88 años de edad, Michel Serres hizo eso que llamamos morir.

Marino naval unos cuantos años a mediados del siglo xx, hizo carrera académica en Filosofía y en Letras. Conscientemente negado a que la vocación filosófica sea la de una especialización, Serres se describió a sí mismo como “generalista”: física, matemáticas, historia de la ciencia, biología, filosofía política, teología, amor, educación, tecnología... La diversidad de intereses manifestados en la extensa obra de Serres parece tener como ruido de fondo el saber, su transmisión y su impacto real a nivel planetario. Es decir, ética o moral en su sentido profundo: aprender a cohabitar como criaturas en esta Tierra. Superar la condición imperante de violencia y guerra para expolio y dominio.

Serres pertenece a una humanidad que sobrevivió precariamente a guerras devastadoras. Nada extraordinario. Es casi la totalidad de la historia humana. Como Edgar Morin, Serres hace del estallido de la primera bomba nuclear en Hiroshima el seis de agosto de 1945 un parteaguas epocal. Ahí se hizo patente la articulación de la ciencia y la técnica con la capacidad de destrucción usando humana violencia en esta permanente Guerra Mundial, es decir, la guerra que tiene la humanidad contra el mundo –según caracterización del propio Serres–. La enormidad del acontecimiento atómico que destruyó a la población civil de ciudades

enteras también propició el giro cultural que trajo cruciales cambios demográficos: redujo el belicismo generalmente inducido en la población a temprana edad –belicismo en que Serres mismo creció–, logró avances médicos y sanitarios evitando infecciones y reduciendo el dolor, omnipresente hasta entonces; finalmente, alargó la esperanza de vida humana no como excepción personal sino como dato poblacional. Según Serres, las estatuas ecuestres de los generales portando espada, erigidas en siglos anteriores, podrían fundirse para levantar otras al personal sanitario y de partería. Un periodo de paz que abarcó la mayor parte de la vida adulta de Serres, al cual él denomina “etapa suave”, y que quería ver prolongado y consolidado globalmente en una nueva era a cuyo parto a él le gustaría asistir, como la matrona que aspira ser –declara en la presentación de su libro *Darwin, Bonaparte y el samaritano*, dos años antes de morir (Filosofando89, 8/04/2017. YouTube, 1:14)–.

De su vasta obra están traducidos al castellano textos que nos marcaron en décadas pasadas. En esta cuarentena por COVID-19, a 100 días del primer caso confirmado en México, esos textos viejos y otros más que les siguieron vuelven como balsas salvadoras en una ola. En medio del naufragio les tiramos un manotazo, nos aferramos a ellas y tratamos de respirar bien otro rato.

Es el caso de *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio. Caudales y turbulencias* (1977/1994) que trata sobre la física atomista, dinámica de fluidos, en *De la naturaleza de las cosas*, el poema cosmológico de Lucrecio, poeta latino discípulo de Epicuro que lo escribió en el siglo primero antes de Cristo para sembrar en Cayo Memio el gusto de hallarse en el mundo, observarlo cuidadosamente con ánimo sereno y disipar el temor a los dioses y a la muerte, liberarse de la obediencia a crueles religiones y otras supersticiones.

Otro libro indispensable para nuestros días es *El contrato natural* (1990/1991). El título parafrasea la obra de Rousseau asentando que es preciso cambiar las relaciones con la naturaleza y pactar con el mundo en otras condiciones, pues el daño infligido es enorme. La humanidad

ha devenido una variable geofísica en el planeta y sus acciones son capaces de alterarlo. “Sí, las megalópolis devienen variables físicas: no piensan ni pacen, pesan” (p. 37). Esta obra es un fractal entre filosofía del derecho, filosofía de la ciencia y lo que llamamos ecología (palabra que no aparece ni una vez en el texto), escrita cuando sonaría impensable lo que se ha declarado hoy, 8 de junio de 2020, en el Día Internacional de los Océanos: para el 2050 habrá más plástico que peces en los océanos del planeta. Devolvemos basura y aguas negras a cambio de oxígeno y agua dulce en lluvias. Es preciso otro contrato socionatural distinto al actual.

Pulgarcita (2012) es una obra interesante en al menos tres sentidos. Por principio, como testimonio de los cambios cerebrales que algunas sociedades humanas han vivido con la invención de la escritura, de la imprenta y del texto digital. Desde la invención de la imprenta el modelo pedagógico “tradicional”, a saber, el profesor y un puñado de otros varones notables son dueños de los libros, los poseen y saben leer, contar, calcular, describir, registrar; para saber lo que ellos saben y como ellos saben, es preciso pagar el precio de la adulación y la sumisión frente a ellos. La invención del texto digital fluye como agua inundando estas persistentes ruinas del edificio pedagógico “tradicional”: pone en las manos de quien quiere saber no la posesión sino la desposesión de la información. “Toma y lee” se engarza con “y deja que otras personas también lean”. Este es el segundo sentido que hace de *Pulgarcita* una obra interesante que subraya un cambio epocal, formas sociales están adviniendo y poniendo otro mundo al alcance de los pulgares.

El tercer sentido es que universaliza el género gramatical femenino. En la segunda mitad del siglo xx y las primeras décadas del xxi se nos ha venido insistiendo en que es odiosa la corrección política en el lenguaje, que es vano el prurito por el “lenguaje incluyente”, es decir, por la visibilización de mujeres en el habla, puesto que “como todos sabemos”, dicen, el masculino es universal, no por superioridad ontológica alguna sino por circunstancias históricas —ellos han sido los protagonistas; no ellas—. Las mujeres —las hembras de la especie— están ahí mismo, sólo

hay que preguntar si surge la duda. Como pasa en las clases “normales”, nadie pregunta aunque tenga dudas. Nosotras asumimos que sí estamos –o casi– aunque se digan sólo ellos. Pues sucede que Serres revierte esta soberbia sexista y plantea explícitamente que el título está en femenino pero que no excluye a varones. Están ahí también, moviendo sus pulgares en los teléfonos celulares. Los Pulgarcitos son tan Pulgarcitas como ellas. Que pregunten si no se creen aludidos o incluidos.

Esto parece ser lo propio de un antropólogo de la ciencia, apasionado por los flujos y torbellinos, enfocado a pensar las violencias, como atinadamente dijo Bruno Latour en su texto sobre Serres, “Ilustración sin crítica” (1988). No cree en las dicotomías o las divisiones sólidas sino en los caudales y recomposiciones. Serres ve la movilización de quienes se dice están en la categoría “mujeres” incluyéndose en acciones que antes se decían sólo de “varones”.

En la presentación de su libro *Darwin, Bonaparte y el buen samaritano*, donde ofrece una filosofía de la historia tomando como eje de análisis la violencia, cuando alguien en el auditorio le pide su opinión respecto a la violencia que ejercemos los humanos sobre la naturaleza y el resto de los animales, criados por cientos de millones para consumo humano. Serres responde a la última parte de esta cuestión (consumir animales criados para ello) con un estupor que parece llevar décadas reverberando en su pensamiento:

...la cuestión es de paleoantropología: ¿somos realmente carnívoros? Esta cuestión sigue debatiéndose. No está decidida. ¿Toda la humanidad podría alimentarse exclusivamente de la flora? El asunto no está decidido. No sé contestar a la pregunta fundamental: ¿somos carnívoros o no lo somos? Si la respuesta es “sí, somos carnívoros” es muy difícil no comer seres vivos. Dicho de otra manera: todos los seres vivos se alimentan de seres vivos; casi todos los seres vivos se nutren comiendo seres vivos. Lo único de lo que nos alimentamos que no está vivo es el agua [...] por ello ¿podemos cambiar este destino evolutivo? No lo sé. Es cierto que somos crueles matando a los animales para comérmolos. Es cierto. Y nos da remordimiento hacerlo. Pero, ¿podemos evitarlo? No sé contestar a esa pregunta. No sé si podemos evitarlo (1:02-1:05).

He aquí un video bueno para pensar y un dilema bueno para comer (parafraseando el original de Lévi-Strauss, comemos a ciertos animales no porque sean buenos para comer sino porque son buenos para pensar). Me inclino por ir con el Serres que asevera que el cerebro humano de hecho ha cambiado al menos en tres ocasiones en su historia, contra el Serres que aquí se aferra al clavo ardiente de una *gastroidentidad* petrificada, paleontológicamente interpretada y convertida en “destino”. Aun si la carne (carroña, mayormente, por el problema para digerirla cruda) hubiera estado en el origen del proceso de hominización en cuyo extremo estamos ahora, ese “hecho” no implica que debemos repetir cotidianamente la dieta supuestamente “originaria”. Menos aún si consideramos que lo que demanda el consumo de productos de origen animal a gran escala (con la consecuente degradación terrestre e inmenso malestar animal) no es una estricta necesidad fisiológica de “proteína animal” sino el mercado capitalista operando hasta el tuétano en las sociedades humanas con la coartada de satisfacer una necesidad de nuestra gastroidentidad como especie. Su nombre es inequívoco: ganadería.

Como ha observado Drew Pollhammer (“On Some Imperatives in Michel Serres’ Ecological Ethics of Symbiotic Reciprocity”, 2014), los textos de Serres suelen tener un efecto interesante en algunos de sus lectores. Esclarecen como un relámpago en la noche. Entusiasman, se sienten verdad, pero queda la inseguridad de qué dice, cómo argumenta, con qué evidencias y, lo más inquietante, cómo proceder en la vereda que parece que ha iluminado. No hay mucho de dónde escoger: abandonar las armas, continuar en la línea suave de la pacificación generalizada; alentar la formación humana en otro autoentendimiento que no sea el de la disposición de recursos y envío de desechos a zonas empobrecidas; virtudes cívicas, diálogo, acuerdos terrenales en el sentido más literal posible.

